

historia viva

Bodegones para festejar a la Patria

Para el 25 de Mayo o el 9 de Julio surgían en Cuyo estos sitios donde se bebía, se apostaba y se bailaba

Por FABIAN SEVILLA
fsevilla@diariouno.net.ar

Antaño, las fiestas patrias eran una esperada modificación no sólo en la rutina sino también en la fisonomía de las ciudades y pueblos de campaña de las provincias de Cuyo. Es que durante el siglo XIX, para la semana que solían extenderse esos festejos surgían los bodegones, en los que se podía beber y apostar fuerte, y la cueca y el gato daban una excusa para celebrar la Patria levantando polvo con el baile.

Casas autorizadas para la parranda

El antecedente de los bodegones fueron las antiguas casas de chingana o parranda, las cuales para funcionar necesitaban la autorización de la autoridad. Ese permiso duraba un año, durante el cual se habilitaba a expender bebidas alcohólicas, alimentos y hacer música, bailar, cantar y jugar en el local. En cambio, para los bodegones esa autorización era circunstancial, limitada a unos días como la semana de Mayo o la de Julio, aunque los rubros que ofrecían eran los mismos de esas casas de parranda.

Los bodegones se levantaban en los baldíos y otros sitios desocupados de la ciudad o los pueblos rurales. De los de Mendoza, el folclorista local Alberto Rodríguez destacó en especial los de la Calle Larga (Pedro Molina), la Carrodilla (Luján), la Plaza de El Matadero (actual Pedro del Castillo) y en particular los de la plaza Independencia, "con pretensiones de mayor jerarquía social, sólo porque en ellos había fuegos artificiales y banda de música. Con tonadas, cuecas, gatos y habaneras, con versos picarescos y ágiles zapateos con densa polvareda de humo y de tierra, con aguardentosos gritos de los animadores".

Debido al poco tiempo que funcionaban, estos locales se construían en forma muy ligera, generalmente con techos de ramadones, con una sola puerta de acceso o dos en caso de funcionar algún anexo. Sin embargo, eran muy grandes ya que daban espacio a buena cantidad de libadores; por lo cual tenían muchas mesas y sillas, sobre las cuales se bebía vino, chicha o pichanga y se comía asado con cuero, empanadas o cazuela, entre otras típicas comidas cuyanas. También había mesones de juego y bancos para el descanso de mamás e hijas. Ese mobiliario se ubicaba de modo tal que pudieran dejar un buen espacio despejado para el servicio principal: la pista de baile.

Cuequeros, el "tonto pícaro" y el "curadito"

El movimiento dentro de estos sitios se iniciaba con la llegada de los guitarreros y cantores, que haciendo sonar sus instrumentos y golas, atraían al paisanaje y el pueblo en general. Estaban los que se convertían en actores de la fiesta o los simples mirones. Estos últimos acudían en familia "y era de ver aquellas cabalgatas y caravanas que se formaban y en profusión llegaban a los bodegones de su simpatía, entremezclados hombres y mujeres, viejos y jóvenes, todos con un solo desig-



Los bodegones eran locales provisorios, muy grandes, donde se le daba mucho espacio a la pista de baile.

nio: divertirse", describió el historiador local Urbano N. Ozán. Una vez que se colmaban de concurrentes, se organizaban las secciones del bodegón que se mantenían en actividad día y noche, con un público que variaba en calidad según las horas. Rodríguez destaca personajes infaltables como el "tonto pícaro" o el "curadito".

Por su parte, Ozán describió un bodegón al cual fue invitado y adonde entró "en el preciso momento en que irrumpían los primeros acordes de una cueca y ya las parejas de pie, pañuelo en mano, estaban preparadas para iniciar el baile". Y añadió que "aquellas criollitas que poco antes habíamos visto descender de sus caballos o de los de sus familiares o amigos que las conducían en ancas, bien arropadas y por cierto, emperijiladas, luciendo sus lindas chapecas trenzadas por los extremos por cintillos patrios, eran precisamente las elegidas en esas parejas".

Entonces, el escenario se llenaba de sonidos. Arrancaba la orquesta conformada por dos guitarras y un requinto, que era un instrumento pequeño de cuerdas. Al conjunto se unían las voces entusiastas de uno o varios cuequeros: "los dicharachos de los animadores que nunca faltan y los palmoteos de estilo al compás de la música -reseñó Ozán-. Con bien templadas voces de los cantores, arranca la cueca, que es bailada por esas parejas a tono con el desbordante entusiasmo impreso por aquel conjunto, o sea en forma impecable ya por la maestría criolla de los bailarines ya por su singular elegancia".

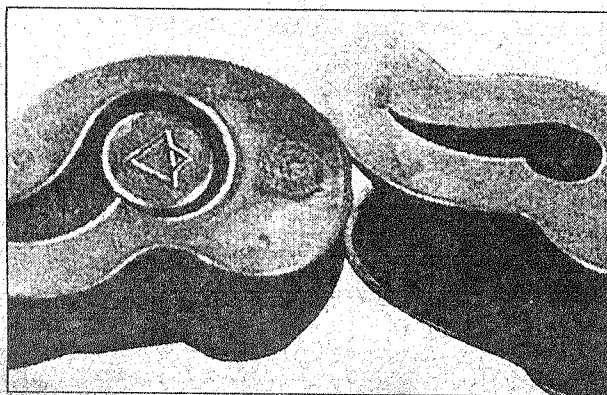
Con el enfriamiento que las fiestas patrias sufrieron, se perdieron esta y otras costumbres muy mendocinas. Ya en 1938, Rodríguez denunciaba que "a las chinganas criollas, que las había de todas las categorías, las han suplantado las boites, los cabarets y dancings". Hoy los bodegones sobreviven tímidamente en esos patios de comidas típicas que se organizan para cada 25 de Mayo o 9 de Julio. Sin embargo son la esencia profana de la fiesta que a principio de octubre se realiza en las Lagunas del Rosario, en el desierto del departamento de Lavalle.



Entre el mobiliario había mesones de juego para el truco.

Pichanga

era un vino que se conseguía hirviendo el mosto y luego se colaba. Hoy la palabra se usa en el dicho "Engaña pichanga" para referirse a algo que se finge para engañar ya que con pichanga se figura algo que es no verdadero, o sea un vino falso. En su libro sobre regionalismos mendocinos, Juan Carlos Rogé ejemplifica: "Esas promesas del candidato son pura engaña pichanga pa' que lo voten".



La taba se hacía con el hueso astrágalo de la pata de la vaca, al cual se le atornillaba una pequeña media luna de metal para facilitar la caída cuando se la arrojaba.

La taba: tiradores buenos o culeros

Mientras en la pista de los bodegones se desgranaban cuecas y gatos, en los mesones de juego había truco o monte criollo que se jugaban por dinero y en el que se festejaba ruidosamente la victoria de cada mano. Una dependencia infaltable anexa al bodegón era la cancha de taba.

La taba, que se hacía con el hueso astrágalo de la pata de vaca, se lanzaba hasta cierta distancia y que cayera con la parte cóncava, llamada suerte, hacia arriba. Si caía al revés, el tiro se

llamaba culo o mala suerte. Para tirar la taba había que hacerla girar en el aire una vuelta, vuelta y media, dos vueltas y roldana (muchas vueltas). Para facilitar la caída se le atornillaba una pequeña media luna de metal.

El buen tirador era aquel capaz de darle al hueso el golpe de muñeca preciso para que quedara del lado de la suerte. Las tiradas, de acuerdo con la cara que mostraban, se llamaban panza, hoyo, ombligo y lomo; y a los tiradores que no lograban ninguna suerte

se los llamaba tiradores culeros.

Como todo esto se jugaba apostando (tanto los que jugaban como los que veían) y bebiendo, era muy común que muchos bodegones terminaran en batahola. También podía sumarse una afrenta por temas de polle-ras, ya que aprovechando la concurrencia de hombres, era muy común que entre las mujeres que asistían hubiera prostitutas en busca de alguien que quisiera celebrar el día de la Patria de otro modo.